

lecciones a través de la prensa, radio, cine, literatura, televisión.

b) Información del público por los medios anteriores para hacer desaparecer la compasión, el apuro, la solicitud exagerada, la curiosidad, y enseñarles que el interés no se debe cargar sobre el defecto o la deficiencia, sino que debe dirigirse a la persona.

c) Creación de jardines de infancia, de escuelas, de centros de reeducación, de colonias de vacaciones.

d) Obtención de medidas legislativas.

9. Recordar que las dificultades financieras son casi siempre superables.

10. No querer crearlo todo, sino colaborar con las organizaciones ya existentes.

En este conjunto de consejos o recomendaciones que han dado pie a la Agrupación de familias en el país vecino, se destaca la doble vertiente del problema, el formativo y el social. Es decir, la acción directa en los miembros de la familia y la acción social ejercida sobre el público, sobre los normales para que sepan aceptar a los deficientes, sus posibilidades de recuperación, la comprensión de lo que supone la deficiencia para la persona que la sufre. Pero, además, acción social ejercida por el Estado por medio de reglamentaciones que faciliten y pro-

tejan la inserción en la vida laboral de los deficientes recuperados. En último término, trascendiendo el bienestar temporal, el deficiente posee un alma que, tras la deforme o defectuosa envoltura corporal o psíquica, tiene que salvarse. Excepto los deficientes profundos, cuya anormalidad no les permite otra vida que la vegetativa—alimentación sana y cuidados higiénicos—, los de grado medio y leve son susceptibles de llevar una vida superior a la propiamente animal, y a éstos hay que ayudarles a cumplir su fin. Y no es camino el silenciar o soslayar el problema, pensando que no van a ser atendidos. Al menos, que no pueda quedar en la conciencia resquemor o preocupación de que no se hizo todo lo posible, porque si esto tiene lugar, más tarde o más temprano podrá ser realidad la atención eficaz al deficiente español, que no es ni más ni menos que el de otros países.

La angustia de las dos madres francesas descrita al principio ya no tiene razón de ser, pues sus hijos tienen actualmente la tutela necesaria. Les ha costado sufrimientos, luchas, tesón y constancia; pero la unión les ha dado la victoria. ¿Es que ha de ser menos fuerte y de menos empuje la unión de padres españoles en torno al problema, cuando los vínculos familiares, por fortuna, son muy poderosos entre nosotros? Seguramente no.

## Enseñar y aprender

FLORENCIO OLLE RIBA

*Licenciado en Pedagogía y Jefe de Estudios del Colegio Nelly, Barcelona.*

Es cosa corriente que al finalizar el curso escolar en cada centro educativo, sea cual sea su modalidad, al pasar balance de las actividades desarrolladas en el transcurso del año anterior, traten los profesores de paliar su fracaso educativo—si es que lo ha habido—, justificándose a base de una serie de sutilezas que como tópico repiten todos por igual.

Y es muy frecuente asimismo que escudándose en razonamientos intenten mitigar el bajo rendimiento escolar, atribuyéndolo, con una unanimidad muy sospechosa, a ciertos inconvenientes que se observan en los actuales Planes de Estudio, ya sea por la intransigencia o severidad de los tribunales examinadores, ya por las deficiencias de orden didáctico que encierran algunos libros de texto, definiciones que en manos de los

alumnos se convierten en inoperantes para sus mentalidades.

Pero ¿es ésta, en realidad, la única causa que interviene en la manifestación de tantas calamidades y sinsabores?

¿Justifican estos innegables inconvenientes el elevado tanto por ciento de suspensos que recaen sobre todas las materias y en todos los cursos de manera tan reiterada?

Seamos realistas. Si analizamos el problema serena y desapasionadamente veremos cómo una gran proporción de este tanto por ciento puede atribuirse, en realidad, a una deficiente preparación del alumnado.

Cierto que los Planes de Estudio vigentes adolecen de algunos defectos elementales; verdad es que muchas veces los tribunales examinadores,

agobiados por tantas nulidades, pueden haber cometido algunas arbitrariedades; evidente que algunos de los textos exigidos adolecen de una didáctica apropiada a las inteligencias a las cuales van destinados; pero, en el fondo, todos estos subterfugios, a mi parecer, no son más que interesadas cortinas de humo destinadas a velar el verdadero intríngulis de la cuestión.

Hablando en términos deportivos y tomando como ejemplo el fútbol, yo diría: los seguidores de un equipo raramente admiten la derrota de sus colores, a no ser por causas fortuitas e ineludibles. Casi siempre es atribuida a una mala actuación del árbitro o al ambiente antideportivo del campo donde se ha desarrollado el encuentro.

Contadas veces se atribuye la derrota a un fallo del equipo o a una táctica equivocada por parte del entrenador.

En educación ocurre exactamente lo mismo: normalmente el fracaso de un examen se atribuye a exigencias del tribunal examinador (árbitro) o a lo inapropiado de los textos de estudio (campo), pero raramente a un fallo de los alumnos (equipo), y casi nunca a una didáctica deficiente empleada por el profesor (entrenador).

En realidad esto no es exactamente así. Si hacemos un examen consciente de nuestra actuación veremos que en la mayoría de los casos, por nuestra parte, han fallado una serie de resortes, un sinfín de posibilidades que estaban en nuestra mano, condicionando nuestra entrega, que de ser total, tal vez habría suavizado en gran parte los efectos deprimentes de que da constancia en la actualidad cualquier centro examinador de cualquier ciudad de España a la hora de rendir cuentas.

Sé que decir esto es meter un palo en el avisero. Voces airadas se levantarán en son de protesta y algunos profesores rasgarán sus vestiduras. Las palabras sacrificio, deber, dignidad profesional, etc., afluirán a los labios de muchos compañeros, o cuando no, una sonrisa irónica corresponderá con su desdén a estas afirmaciones.

Pero dejando a un lado sensiblerías y falsos espejismos, convengamos en que lo más oportuno y acertado será que cada uno de nosotros se lance sin ambigüedades a un afán de superación total y desinteresada, dado que estamos todavía a tiempo de lograrla: lo demás se nos dará por añadidura.

Si planteamos el problema actual de la enseñanza en toda su realidad, veremos, tal como opina E. Mira, la forma en que se proyecta; si visitamos una clase en un día ordinario del curso, ya sea de nivel medio o de nivel superior —e incluso elemental—, el contingente de alumnos en ella presentes puede descomponerse en los siguientes e invariables grupos: una cuarta parte de los alumnos «está sin estar», es decir, simula, con mayor o menor habilidad, una aten-

ción que, en realidad, se halla prendida de todo menos de la palabra del profesor. Otra cuarta parte «va y viene», esto es, escucha y atiende periódicamente, captando conocimientos fragmentarios —tanto si la enseñanza es teórica como si es práctica—, pero es incapaz de edificar un concepto coherente y unitario de la materia de que se trata.

En realidad, este 50 por 100 de alumnos que hemos mencionado no merece, ni mucho menos, el nombre de estudiantes.

En cuanto a la mitad restante, se puede descomponer, a su vez, en dos grupos irregulares: el mayor, equivalente al 40 por 100 del total, está compuesto por alumnos que conciben el estudio como una pesada obligación, y —por presiones extrínsecas la mayoría de las veces— se someten a ella resignados y relativamente disciplinados, con el único propósito de obtener la mínima cantidad de datos suficientes para aprobar la asignatura al final del curso.

Queda, por fin, la menor parte, el 10 por 100 de los alumnos —parte insignificante en realidad—, que acuden a la clase para satisfacer una necesidad de su espíritu.

Estos son los que podríamos calificar de verdaderos estudiantes, quienes la mayoría de las veces siguen adelante, a pesar de todos los obstáculos, por tratarse de auténticos y positivos valores. Son los que, parodiando la famosa frase, «se curan a pesar del médico».

Si consideramos esta realidad, que, por lo demás, nada tiene de exagerada, nos daremos cuenta del inmenso caudal de energías y de posibilidades que se pierden en esta inercia que tanto lamentamos, pero que somos reacios en aceptar, para sacar de ella conclusiones con el fin de enfocar y tratar de resolver el problema de manera decidida.

En mi larga experiencia en la responsabilidad de ordenador de iniciativas educativas me he dado perfecta cuenta de una serie de fallos, que al permanecer latentes han agrandado el vacío donde se hunde nuestra labor docente.

Y como muchas veces nos inhibimos ante situaciones difíciles, el problema va creando nuevas dificultades, que al superponerse, como un lastre, frenan todos los impulsos e iniciativas aislados.

Por lo tanto, creo ha llegado el momento de mirar los hechos de frente y analizar nuestra actuación dentro de una perspectiva total para tratar de puntualizar errores y hallar soluciones apropiadas.

En primer lugar hay que convenir que el ejercicio de la profesión docente no puede ser concebido como una aplicación de principios inamovibles, de los cuales emanan una serie de postulados, cual recetas ya preparadas de antemano, para una aplicación inmediata.

Tal proceder es inadmisibile. El educador, al actualizar los temas de sus enseñanzas, debe

adaptar continuamente su actuación a la mente de sus discípulos. Esta actualización debe ser varia, nueva cada vez, infinitamente particular, dando a la clase, dentro de un todo didáctico general, tantos enfoques de particularidad, ricos y variados, cuantos sean los diferentes matices y posibilidades de sus alumnos, a quienes, en último término, se dirigen los fines de su función educadora.

La clase de este año no es la misma que la del curso anterior, ni será igual a la del curso próximo; un alumno no es igual a otro alumno; no hay, ni puede haber, precedentes; el ambiente, las circunstancias y los estímulos cambian continuamente, de hora en hora, a cada instante, y el mismo alumno de la mañana puede ser otro por la tarde, dentro del proceso evolutivo de sus voliciones.

Tales perspectivas exigen una atención constante, una iniciativa renovada para poder encauzar y dirigir la evolución del alumno, así en el aspecto formativo como en el de la actualización de la cultura en su adaptación a la mente del discípulo.

Al alumno, pues, debemos tratarle lo más individualmente posible para conocer sus fallos y sus posibilidades: sus preferencias y sus reacciones, al igual que sus complejos y sus preocupaciones... Pero ¡ah!, tengamos presente que a pesar de todos estos particularismos que nos interesa conocer y profundizar, el alumno nunca es una entidad individual abstracta.

Educar e instruir a un alumno requiere una visión muy amplia y requiere asimismo que nos percatemos de que nos hallamos, en cada caso y en cada momento, ante un mundo previamente organizado en su espíritu, el cual debemos profundizar con él para intentar mejorarlo y superarlo. Nuestro paso dejará una huella indeleble, una resonancia espiritual, negativa o positiva, según haya sido la oportunidad y la eficacia de nuestra intervención.

En una palabra: el alma del educador debe vibrar, en cada instante, sintonizándola con las necesidades espirituales de los educandos que esperan la semilla que debe fructificar en su intelecto.

¿Qué esto es difícil? Desde luego debemos reconocer que no es cosa fácil.

¿Acaso imposible? Tampoco. No lo será si el profesor sabe percatarse de la trascendente responsabilidad que tiene en sus manos.

¿Que para ello se necesita entusiasmo, sacrificio, vocación, preparación...?, ¡qué duda cabe!; y más aún: por encima de todas estas cualidades debe brillar la mejor virtud del profesor: la entrega total y desinteresada a la formación de las nuevas generaciones.

De esta entrega incondicional emanarán, como un reflejo, las demás cualidades que al converger, como una poderosa resultante a un fin común, lograrán por contagio una vitalidad ac-

tiva ausente de nuestras clases, las más de las veces, por la rutina del profesor.

Es una realidad manifiesta que esta rutina se traduce en demasía en todos los quehaceres escolares. Para nadie es un secreto que son muchos los que concretan la actividad básica de la educación en las lecciones, que de modo arbitrario, y al margen de toda posibilidad, deben estudiar de memoria los alumnos para serles preguntadas después.

Es este un tremendo error, origen de todos los fracasos educativos.

Ante todo, para que el fin de la educación sea completamente logrado, debe partir de un interés. Es completamente imposible movilizar las facultades intelectuales del alumno sin haber suscitado en él un interés, es decir, una necesidad de saber o de obrar. Esta chispa, este interés, ya sea psicológico o biológico, actuará de fulminante para prender la llama de las mejores iniciativas y realizaciones.

Pero no debemos confundir los términos y basar todos nuestros estímulos en medios puramente secundarios o en procedimientos accesorios, que sólo servirán para mantener un interés ficticio falseando la situación, porque nosotros seremos los primeros en querer ser engañados, como el avestruz cuando mete la cabeza debajo del ala para substraerse a la realidad.

Los calmantes sólo sirven para eso, para calmar, pero no para atajar el mal en su origen, ya que para ello se necesita un diagnóstico acertado y una terapéutica apropiada.

La disciplina, los castigos, las recompensas, las notas, los exámenes, etc., no son más que sucedáneos que por sí solos jamás lograrán la auténtica formación del espíritu.

Sean cuales fueren los conocimientos que debemos inculcar a nuestros alumnos, es esencial que el profesor ponga en juego, de manera efectiva, el mayor número posible de facultades intelectuales y que al calor de su propio entusiasmo transmita su saber en términos asimilables por el intelecto del escolar.

Los conocimientos no podrán convertirse en efectivos y duraderos más que si están convenientemente comprendidos.

Hay que asegurarse de que esta comprensión sea real. De lo contrario hay que repetir el tema las veces que sea necesario y desde diferentes planos de enfoque o percepción para disipar dudas y posibles errores. No temais el aburrimiento. Hasta los más inteligentes y bien dotados, que captan fácilmente las ideas, gustan de considerar y constatar sus adquisiciones y comprobar que su comprensión ha sido total, al propio tiempo que descubrirán una mayor riqueza de matices al profundizar más los conceptos.

Téngase en cuenta que cuanto más difícil y abstracta sea la materia, más esencial y obligado es verificar la comprobación de que nuestras ideas han sido perfectamente asimiladas y

luego continuar el desarrollo de las mismas. A veces un pequeño detalle no precisado a tiempo, cualquier duda por insignificante que sea, es suficiente para que la lección sea cosa inútil y completamente perdida para el escolar.

Enseñar no consiste en la exposición verbal de los temas o en tomar una prevista lección de manera fría, monótona y «sin vida» al ser repetida maquinalmente por cada uno de los alumnos del grupo.

Una lección, para ser digna de tal nombre, debe suscitar, en el alumno, vivos deseos de saber, de conocer y de profundizar más hondamente cada vez.

En caso contrario, los escolares retienen muy poco de lo que oyen o, si deben contestar a unas determinadas preguntas de la lección, repetirán de memoria, de manera más o menos maquinal, los conceptos literales sin penetrar en la esencia de los temas.

Con tales materiales, fragmentarios unos y superficiales otros, no es posible obtener resultados satisfactorios, lógicos y duraderos por la negación del esfuerzo personal interesado, ya que al faltar la comprensión se inhiben todos los estímulos intelectuales.

La característica del aprender está en la participación de la inteligencia en cada acto educativo que se realiza.

Con tales antecedentes se comprenderá el por qué, en cada lección, debe estar el profesor de manera auténtica. Sólo entonces se dará cuenta de las profundas diferencias en la aptitud de sus alumnos y de que la enseñanza no puede partir de unos previos conceptos abstractos que consideran a todos por igual—en aptitud, capacidad e inteligencia—al exponer ciertas verdades, inculcar determinados principios o demostrar complicados teoremas.

La enseñanza marca la dirección que ha de darse a la inteligencia, a los sentimientos y a la voluntad de la manera más particular posible, simplificando las ideas y los conceptos.

Debemos dosificar los estímulos, las afecciones, la seriedad y la sonrisa; debemos matizar las exigencias, los esfuerzos, las advertencias y los castigos; debemos aceptar, comprender, ayudar y alentar; debemos refrenar, corregir, encauzar y prevenir...; en fin, debemos diferenciar y precisar toda individualidad sobre la base de que la suma de individualidades encadenadas nos darán el ideal educativo, al amparo del cual deberá actuar el individuo en cada momento determinado de su formación.

Si se define el enseñar como el acto de comunicar conocimientos, y el aprender como un proceso de progreso intelectual y adquisición de nuevos hábitos de reacción, se comprenderá el equivoco en que se desenvuelven aquellos que confunden (y lo que es más lamentable, lo practican) la enseñanza con la exposición ver-

bal y el aprender con la pasividad y la docilidad.

Forman legión los que amparándose en las circunstancias acomodaticias practican la ley del menor esfuerzo, centrando su misión en simples postulados o tópicos educativos, mientras basan su actuación en unos libros de texto (la mayoría de las veces inapropiados), sin darse cuenta que tienen ante sí nada menos que la maravillosa vida del espíritu con toda su riqueza de matices y de posibilidades.

Las más de las veces, en esas clases rutinarias que constantemente se leen o preparan unos textos, se señalan unas lecciones, se advierte que habrá severidad y luego se les manda estudiar...

Estudiar (leer y memorizar sin orden ni método) para llegar luego al interrogatorio, en el cual el profesor pregunta..., preguntar siempre, con esta eterna canción de la desgana, del aburrimiento, del desinterés, para desembocar más tarde en las malas notas, los castigos, los desplantes, las incompatibilidades..., y la inoperancia y la incompreensión total entre educandos y educadores.

¿Que esto es exagerado? ¿Que cargo la nota en demasía? Es posible, pero salvando y reconociendo excelentes excepciones—las hay—; puedo afirmar que he visto clases así, y por desgracia, más de la cuenta.

¿Dónde? ¿Cuándo? No cabe precisar. Puedo responder con el lenguaje bíblico: «Por sus frutos los conoceréis», y a fe mía, que no faltan ejemplos por doquier (1).

Según esta premisa, ¿hay que llegar a la conclusión de que el libro de texto es inútil e inoperante?

De ninguna manera. Lo que sí debe ser metodizado en su empleo, para sacar de esta ayuda impresa todo el valor que en germen contiene al transmitir su cultura potencial.

Ahora bien; lo que sí debemos alejar de nuestras aulas es la nefasta costumbre—empleada por algunos como norma—de obligar a los alumnos a tomar apuntes de las lecciones que se dan. Este procedimiento, que puede tener su razón de ser en determinados casos, es la negación de todo valor educativo, en la didáctica del aprender, por la situación de pasividad intelectual que crea al estar el alumno pendiente de las palabras, para dejar escapar el menor número posible de ellas. Luego los conceptos son errores, imprecisos, cuando no, contradictorios, por la dificultad de transcribir y razonar de manera rápida unas ideas que, en la mayoría de los casos, son expuestas por primera vez ante el sufrido auditorio.

(1) Quede bien sentado que no pretendo poner en tela de juicio, ni menospreciar al profesorado en general. Lejos de mí tal idea. Lo que sí censuro son los procedimientos (no llegan a métodos) empleados con harta frecuencia por algunos para «enseñar» y justificar unos honorarios, mientras se espera la hora de finalizar la clase.

En cuanto al uso del libro de texto, que ya desde Comenio tantas controversias ha suscitado, afirmamos hallar en él ayuda muy eficaz si sabemos ceñirle a su verdadera misión.

Es imposible estudiar y aprender de manera real si el estudiante debe fiar sólo de la palabra del profesor. La enseñanza exclusivamente oral, no sólo gasta excesivamente al profesor, sino que acostumbra al alumno a aprender de manera fragmentaria, y lo que es peor todavía, le predispone a una peligrosa pereza mental, amén de correr el riesgo de convertir al alumno en un autómatas, que sustituye su esfuerzo personal y sus ideas propias por resultados y apreciaciones en las que la influencia del profesor ahogará toda iniciativa, tendiendo, como opina Dewey, «a reducir al individuo a parásito que vive las experiencias de segunda mano».

Pero para ello es necesario habituar al alumno al estudio y al uso de sus libros de texto de la manera más fácil y práctica posible. Es impropio y antipedagógico proponer un tema y desentenderse de él. Al alumno no se le puede decir: «Para mañana *tal* lección», abandonándole a sus propias fuerzas, para exigir al día siguiente: «Vamos a *ver* la lección *tal*», sin antes haberle enseñado cómo se estudia trabajando con él en la clase.

El gran inconveniente educativo actual radica, en gran parte, en que saturando las clases de alumnos de manera desorbitada, al profesor no le queda, a veces, otro recurso que emplear un insulso verbalismo, divagando más de la cuenta, cuando no, mariposeando, preguntando aquí y allá, sin posibilidad de profundizar los temas y dando por sentado que toda dificultad que puede presentarse debe ser resuelta por el alumno y en sus propios medios.

Después se pasa a otra clase de iguales o parecidas características, y al final de la jornada el alumno llega a su casa con unos voluminosos textos para estudiar, recabando, en su desaliento, o por la presión del ambiente, el auxilio de algún familiar, el cual, con su falsa, aunque bien intencionada ayuda, perjudica más de la cuenta al interesado. Otro error es la contratación de profesores particulares que, salvo en casos especialmente justificados, personifica la negación de la eficacia del Colegio responsable de la formación total del escolar.

Este ciclo vicioso se inicia ya en la escuela elemental, donde los niños retienen muy poco de lo que oyen, y entienden menos aún de lo que leen, debido a una enseñanza maquinal y arbitraria, que les obliga a absorber de manera formal programas demasiado recargados que, por lo regular, no responden a ninguna necesidad de su espíritu, cuando, en realidad, su verdadera misión sería la de enseñarles a aprender y enseñarles a observar.

Al ritmo de esta desorientación sistemática, los alumnos se convierten en diligentes papagayos,

víctimas de libros escolares redactados, la mayoría de las veces, en un estilo y contenido extraño al genio natural del alma infantil; y al llegar a los diez años, por la presión de los padres, con la complicidad del Colegio, son presentados al examen de ingreso, haciendo caso omiso de que sus facultades intelectuales, tanto de adquisición como de elaboración, se hallan todavía en estado embrionario. Luego, con tan pobre bagaje inician la enseñanza secundaria, donde su adiestramiento intelectual se ve frenado por su falta de madurez y por unas exigencias metodológicas que hacen del escolar un autómatas, ya que no habiendo aprendido a estudiar de un modo completo, alimenta el error de que aprender equivale a repetir un cierto número de veces lo que lee hasta saberlo de memoria.

Sobre esto fundan su sistema pedagógico muchos profesores, confundiendo su alta misión educativa con la severidad y la exigencia, apreciando y calificando los progresos de sus alumnos de acuerdo con el mimetismo en la repetición de unos temas en los que la comprensión y la asimilación concreta de los conceptos brilla completamente por su ausencia.

De ahí la carencia de armonía entre los diferentes profesores, que, por lo regular, se observa en los centros educativos, al pretender cada uno de ellos que su asignatura sea *estudiada* a fondo, desentendiéndose de las exigencias que los demás imponen por su cuenta, todo lo cual ocasiona daños evidentes en la formación del escolar.

Y con estos antecedentes y proceder erróneos, el estudiante, de manera casi inconsciente, llega por fin al término del curso. ¿Podrán ser sorprendentes los resultados negativos?

Ese calvario termina con la entrada en la Universidad, donde el estudiante, habiendo alcanzado un grado de madurez espiritual adecuado, podrá buscar en adelante, y por su cuenta, una orientación apropiada, afrontando una serie de conflictos entre tendencias científicas diversas, para las que tal vez, en realidad, no estaba preparado.

Este estado de cosas, más o menos agravado por otras circunstancias igualmente importantes, nos mueve a exponer el problema de manera realista, para intentar recabar iniciativas de todo orden, encaminadas, sino a solucionar, por lo menos a despertar el afán de superación de nuestro profesorado, que, en definitiva, es el llamado a buscar horizontes más amplios para la formación de nuestros alumnos.

Debemos tener muy en cuenta que cada uno de nosotros es una pieza esencial en este mecanismo educativo. No sirve decir: «Como yo no soy responsable de este estado de cosas...», para desentenderse del asunto. Nuestra misión es, en lo posible, superar tales inconvenientes por todos los medios imaginables.

El entusiasmo vence las mayores dificultades y triunfa, a no dudarlo, de los más inaccesibles escollos.

Ejemplos tenemos en los antiguos, que con medios y técnicas rudimentarias levantaron grandes monumentos y plasmaron realidades de todas clases, que son la admiración y el asombro de nuestra generación, y lo hicieron contando sólo con su esfuerzo, su valor y su entusiasmo, instigados por unas necesidades que les eran impuestas por las peculiares circunstancias de su época.

También, con peores medios pedagógicos, tuvimos nuestro «siglo de oro».

No pretendo con ello retroceder a la época de los esclavos, que con su sangre jalonaron la antigüedad de monumentos imperecederos, ni

justificar lo de «la letra con sangre entra». Pero sí significar que el esfuerzo, cuando está estimulado por una necesidad, puede obrar milagros en todos los terrenos.

La misión del educador debe ser la de sobreponerse a todas las exigencias y a la vez intentar, por todos los medios, la demostración de los fallos existentes y la inspiración de unos principios educativos más de acuerdo con las realidades actuales.

No es admisible la cobardía de desinteresarse de la cuestión, ni la de seguir lamentando los fracasos educativos, atribuyéndolos a imponderables imprevisibles.

El «Yo me lavo las manos», en el terreno de la educación, no puede ni debe aceptarse.